



LA CALMA CAMPESINA.

Un cielo puro y despejado, una casita aislada, un arroyo cristalino y poco profundo que atraviesan los ganados que vuelven del pasto; un pastor sentado sobre la verde yerba y abandonando á la brisa las notas de su caramillo; á lo lejos un puente rústico, colinas sombrías en cuya pendiente hay una aldea... Tal es el cuadro sencillo que Claudio Lorrain ofrece á nuestros ojos, y que con tanta propiedad se le ha denominado la *Calma campesina*.

Delante de este conjunto de imágenes dulces y risueñas, la imaginación se encuentra transportada al mundo de la idealidad: sentimos la brisa que murmura entre el follaje y la frescura del río; oímos los mugidos de los rebaños; nos colocamos con el sentimiento en medio de esta escena agreste lejos de las agitaciones de la ciudad: por una asociación que se establece en nuestro espíritu entre ciertos aspectos y ciertos hábitos, la representación de este sitio retirado despierta en nosotros ideas de soledad y tranquilidad. La calma no existe propiamente hablando en el paisaje, sino en la impresión que produce, en la especie de arrobamiento que comunica á nuestra alma.

Existe entre nosotros y el mundo exterior una relación directa á la cual prestamos bastante atención. ¿Habeis visto el lago sujeto á las impresiones celestes, velar este sus brumas, ó barrer con su brisa hasta las menores nubes? Así el hombre refleja y se impresiona de la creación que le rodea! Él le comunica ó recibe de él su tristeza y su alegría; pero uno y otro depende del estado de su alma, fuente pura ó turbada. Lo que para uno respira la calma y la felicidad, para otro el enojo; el desierto donde el anacoreta encontraba las inspiraciones de Dios, despierta en la conciencia del criminal el terror de los remordimientos. Llevamos en nosotros mismos el verdadero sol que ilumina todo y nos hace un mundo de luz ó de tinieblas.

No se debe olvidar que la conciencia es una especie de cámara oscura, en la cual viene á calcarse el mundo que nos rodea. Para enamorarse del grande espectáculo de la naturaleza, se necesita haber conservado, si no toda la pureza primitiva del corazón, al menos la conciencia del bien y ese instinto divino, que nos hace ver en el mundo perceptible una manifestación de la inteligencia suprema y de las grandes leyes que rigen el universo.

EL LIBRO DEL PASEANTE.

LOS VAMPIROS.

El recuerdo de una ventura no es un mal que afea la vida; es un demonio encarnado que nos persigue hasta en sueños, para roer una por una todas las fibras de nuestra alma, semejante á esos monstruos traídos del Asia por la superstición, llamados vampiros, espectros feroces, que se alimentan de la sangre de aquellos á quienes han amado; manes espantosas que se nutren á espensas de los vivos. Cuando se ha reconocido á este fantasma, no se debe temblar delante de él dejándole sorberos la vida, sino que así como en Oriente se abre la tumba del cadáver perseguidor y se le hiere en el pecho con el pié, es preciso abrir vuestro corazón, donde yace la muerte habibrienta que os devora, y pasar como una espada vuestro pensamiento á través de su sombra.

LA MUERTE DE LA POESÍA.

Los pueblos eran viejos: ningún sentimiento noble agitaba sus corazones; ninguna idea bella despertaba sus almas; ninguna palabra generosa resonaba en sus tribunales ni en sus plazas públicas: en vez de oradores había abogados; las costumbres se corrompian; el mundo perecía en la disolución. Se buscaba, se esperaba por todas partes no sé qué santa y celeste aparición que viniese á regenerar la tierra: en este tiempo murió la poesía, de qué enfermedad se ignora; probablemente de miseria y de frío, de la misma enfermedad que la mayor parte de sus cortesanos y sacerdotes. Cuando hubo muerto, todos se acordaron de repente de que era hermosa y había nacido reina. Se citaron sus virtudes que antes no se habían notado; se recordaron sus beneficios, en los cuales antes nadie había parado la atención; y como ya no había remedio para ella, se determinó hacerla magníficos funerales, embalsamarla para conservar muerta á la que no se había querido viva, y encerrarla como una reliquia en una caja de cristal, oro y pedrerías.

Y hé aquí lo que sucedió. No se pudieron hallar perfumes en ninguna parte: el cristal estaba opaco; los diamantes no tenían brillo; las perlas carecían de esmalte, y los más ricos metales se habían convertido

en plomo. No pudiendo pues concederle otros honores, se quiso al menos coronarla de rosas; pero no las había; el invierno con su cielo opaco y lluvioso no dejaba brotar ninguna flor. Se la espuso en un templo en un altar; pero las lámparas ardían sin alumbrar el santuario, y los que se aproximaban para ver á la muerta, hasta sus mismos amantes se sentían enviejarse al mirarla, y el frío de sus corazones encañecía sus cabellos. Desde que la poesía había muerto, la tierra parecía un inmenso desierto, en el cual se arrastraban los moribundos. Pero á pesar de estar moribundos, los hombres no eran menos crueles; y el día en que se iba á enterrar á aquella que dejaba tan vacío el mundo donde había tenido tan poco lugar, el corazón encontró una multitud asquerosa que perseguía con sus insultos á un hombre que llevaban al suplicio. Todo el mundo olvidó á la muerta para ver á este hombre, y su cuerpo fué abandonado en medio del camino. Cuando la multitud volvió, el altar estaba vacío, y se creyó que la reina había resucitado, porque á la poesía corresponde completar la redención, y el hombre que marchaba al suplicio era Cristo que subió á su Calvario.

EL PETIROJO.

No maldigáis la vida por sus días sombríos: el hombre pasa mas de prisa que las nubes que le entristecen. Atravesad con el pensamiento los velos que os ocultan el cielo, y el sol no os faltará. No dejéis que pálidos vapores oscurezcan vuestra lámpara, y desarmad al invierno con vuestra serenidad. Cuando tiembla la tierra bajo su capa de hielo y la brisa pone en fuga las aves cortesanías de los días hermosos, el petirojo trata de consolar á la naturaleza de su ausencia. Olvidando su nido, y lejos muchas veces de las granjas hospitalarias, salta y canta en la nieve. Sed como él poetas, y cantad en las lágrimas: vuestro corazón sentirá menos el frío.

HOMERO.

Dícese que Homero nació en Smirna, que significa mirra. ¿Era esto un presagio de que su gloria había de embriagar las almas y su gloria embalsamar su nombre? Homero según dicen usó su sepulcro en la que debe su nombre á sus violetas. ¿Es un símbolo de su gloria que á pesar de su preciosidad se oculta bajo el manto de las edades, como una violeta entre la yerba? Es su nombre maravilloso que derramó por todas partes las perlas de su ingenio, debía sin duda tener tal cuna y tal tumba. Su muerte es un eco fiel de su nacimiento; ¡pero qué desierto los separa! ¡el doloroso desierto de su vida! ¡que torrente de miseria ha corrido entre las dos riberas perfumadas de su vida!

LOS FUNERALES.

¡Qué espectáculo tan amargo y tan solemne es la pompa de los funerales! La iglesia cargada de negro, porque un hombre menos padece la vida; las tachas que se encienden para ojos que no ven; los cánticos que resuenan en torno de aquel cuyo oído se ha cerrado; los salmos que se hacen salir de sus labios mudos; el agua que se echa sobre la planta seca como si debiera renacer; y mas lejos, en el cementerio, los homenajes que se dirigen á un viajero que ha partido ya; esos elogios que se le libran como un pagaré; las descargas de la mosquetería que parecen anunciar á otro mundo la llegada de un embajador; las flores que se dejan caer en la tumba, cuántas esperanzas, cuántos sarcasmos! Borrada esta última palabra: echar de menos es creer. No se saluda sino á quien se ve. No se dice adiós sino á quien lo oye.

EL PÁJARO DEL POETA.

¿Sabeis cuál es el pájaro del poeta? No es el águila que conduce el rayo, ni el condor amigo de las altas nubes; no es la corneja, aunque esté en duelo y viva siglos, ni el gorrion fiel á la cabaña, ni la cigüeña que se apida en las altas torres. ¿Será elruiseñor, cuyo genio solo se dispierta en las tinieblas; el cisne que canta al morir, el pavo real brillante de pedrerías? Tampoco. No es el gavilán cruel ni la sencilla alondra que cuenta á los carderos noticias de los cielos; es un pajarillo negro y blanco, negro como el pesar, blanco como la esperanza; un pajarillo de paso, la golondrina, que corre detrás de la primavera.

EL RUISEÑOR CIRCO.

Elruiseñor no canta sino de noche; y cuando le cogen los crueles cazadores, le sacan los ojos para que no pueda distinguir las horas y cante siempre. El entonces no puede ver las rosas, pero aspira sus perfumes, y canta para que se levante la luna y se los revele; canta para llamar la luz de las estrellas que no volverán á lucir para él. Esta es frecuentemente la suerte de los poetas; con un fin enteramente contrario, la envidia ó el desden les arroja un velo sobre los ojos; quiere ahogarse su voz, que suele así hacerse mas bella. Las flores que se les

roban se abren mas bellas en sus sueños. Se había intentado interrumpir sus conciertos y se han redoblado, porque cantan la felicidad que les falta y la desgracia que les rodea. Es verdad que se escuchan siempre alruiseñor y pocas veces al poeta; pero ¿qué importa? Nada se pierde, y la naturaleza tiene mas ecos de los que creemos. Si los hombres no les escuchan, acaso les oye Dios.

LA SOMBRA DE JUDAS.

Cuando la sombra de Judas bajó á los infiernos, los demonios se apartaron para dejarla pasar. Cuando hubo llegado á Satanás, el ángel infernal le dijo: — ¿Qué vienes á hacer aquí? Si tenemos lugar para tu crimen, no tenemos tormentos para ti. Únicos en tu crimen, sé único tambien en tu castigo. Vete solo á cualquier rincón de nuestro imperio á hacerte devorar por tu conciencia; ¡vete! no deshonoras con tu vista el abismo, pues no tienes semejanza entre los condenados. De mi paricidio al tuyo media la virtud. Fui ingrato sin baja, rebeldé sin cobardía. Yo no había prometido nada al Dios que me ha castigado; me levanté contra él, pero no le vendí.

LOS VERDERONES.

Algunos creen que á nuestra muerte el pensamiento vuela de nuestro cerebro como elruiseñor de su nido, y nuestras almas se convierten en verderones que cantan en los jardines de Dios. Yo me figuro que estos pajarillos son las hojas que vienen todos los años, como las golondrinas, á visitar los lugares que han amado, á suspenderse de los árboles que las echan menos; á esparcir sobre los vivos la sombra y la frescura de su mortaja, y enseñarlas con sus murmullos las melodías del Paraíso. Si estas esmeraldas cantoras parecen morir en el otoño, es para decirnos que la tierra no se ha hecho para nosotros, y no debemos permanecer en ella mas que un instante; pero no mueren en realidad; enviados del Señor, vuelvan á sus florestas y sus bosques del cielo. Es un error de palabra el decir que mueren las hojas: se ausentan.

LA POESÍA Y LA BELLEZA.

La poesía pasa á través de nuestras borrascas como un navio que marcha á puerto desconocido; la belleza, es decir, la mujer amada, se desliza á través de nuestra noche como una barquilla iluminada que se pierde entre las bromas. La poesía y el amor son casi siempre impalpables. Ambos son inconstantes, y exigen poseer todo nuestro corazón. La poesía navega con sus namoradas velas sin mas piloto que el viento; la belleza caprichosa se rie de vuestras persecuciones, como una flor marina que se inclina sobre las aguas, y estas imágenes no son nuevas. La Grecia las conocía, pues hizo nacer á Apolo en una isla flotante, y á Venus de la espuma de las olas.

EL OCCÉANO.

Se ha comparado frecuentemente y con razon la vida del hombre al Occéano. Es como este misteriosa y profunda, sometida á su flujo y reflujo. Tiene como él sus tempestades y sus vientos alisios, sus islas salvajes y sus jardines de las Hespérides, sus escollos, sus bancos de arena; sus monstruos y sus maravillas. La una y la tumba son sus polos. La una tiene el sentimiento de la eternidad; la otra es su simbolo. Se ha olvidado el comparar su analogía ó semejanza, que consiste en que la vida es amarga como el agua del Occéano, que solo pierde su amargura al evaporarse. La vida humana es amarga como el agua de la mar, y no se endulza tampoco sino elevándose al cielo.

LOS VIDRIOS RELADOS.

Cuando veis por la mañana en vuestros cristales esos arborescencias de platá, esos paisajes helados que dibuja el frío; ¿no os parece alguna vez que son vuestros sueños nocturnos, que sorprendidos por la brisa al abandonaros para volver al cielo, se han helado al amanecer? Miradlos antes de que salga el sol, y suspiradlos cuando hayan huido, porque no volverán jamás. Que esto os enseñe, jóvenes poetas, á guardar si podéis vuestros sueños en el santuario y la noche de vuestras almas. Una vez fuera de este tabernáculo, aun los vereis un instante, tales poco mas ó menos como se os aparecieron en vuestras horas de estudio y de meditación; pero inmóviles y sin color, brillantes quizá, mas fríos. Los admirareis algunos minutos; luego la luz los apartará, y vuestras bellas imágenes se convertirán á vuestros ojos en gotas de agua que no serán lágrimas siquiera.

LA MANO DE ALEJANDRO.

La aproximación de la muerte nos hace compadecernos de las grandezas de la tierra, desiluzionando hacia á los ambiciosos. Dicese que sintiéndose morir Alejandro, que cuando vivía se decretaba se-

crificios de pueblos y marchaba con su tralla de soldados cazando por el universo cotros y coronas, decretó que se le enterrase dejando su mano fuera del sepulcro, para que todos los que pasaran pudiesen, viéndola vacía, juzgar lo que guardaba de sus conquistas, y lo que se lleva á la tumba de los tesoros del mundo. ¡Lección perdida! Nadir y Gengiskan no han pasado por allí. Un solo conquistador, el que se burla de los conquistadores, el tiempo, la ha visto y no la ha respetado. Yendo á destruir á Babel y otras torres semejantes, ha pasado por encima de ella.

LA FORMA.

¡Los sabios modernos se quejan de que seamos esclavos de la forma, y para emplear los términos de su filosofía de pacotilla, que busquemos mas lo brillante que lo sólido! Dios mío! En eso no hacemos mas que lo que siempre se ha hecho. Si Sócrates hubiese tenido las facciones de Alcibíades, quizá hubieran condenado á Anítipus. ¿En qué siglo no han enamorado las gracias del rostro y del cuerpo? ¡Preferencia al amor, el mas joven y mas antiguo de los dioses, lo que pensaría de una Psyquis que poseyera los tesoros de Corina y Saffo encerrada en el cuerpo de Esopo! No se la hubiera confiado al Céfito, sino al horacano para que se la levase. El amor se ocupa mas de la belleza del cuerpo que de la del alma; no para la atención en los pensamientos divinos ocultos en el libro del corazón; lo que mas le interesa es la encuadernación de este libro. Examina si es dorado, si la blancura de su terciopelo corresponde á sus guardas, si contiene elegantes flores y lindos grabados. Es un niño que no lee, sino que mira las estampas.

EL NISPERO.

¡Cuántos hombres de genio podrían compararse al nispero, robusto, espinoso y triste, que brota casi siempre en tierras áridas, que bajo sus hojas óleas no oculta sino un fruto acre y pedregoso que nunca madura el sol! Sobre la paja de nuestros graneros es donde sus frutos se ablandan y perfuman, y aun despues es preciso para que agraden á nuestro paladar que la muerte lo haya tocado. No se hacen sabrosos sino muriendo. Lo mismo sucede á ciertos hombres. Se arraigan en la indigencia sus obras, ignoradas del sol, terminan en la oscuridad, se completan en la miseria, y la muerte las publica.

EL EPITAFIO.

En una aldea cuyo nombre no recuerdo, vi una piedra funeral que no tenía ningún nombre, sino un singular epitafio: un velo de sol. ¡Era un aviso á los vivos, ó un epigrama contra la muerte? ¿Se quería que el muerto contase en la tumba el tiempo que no había contado en la vida, ó quería él enseñar á sus hermanos que los momentos aprovechados ó perdidos conducen al mismo fin? ¡Triste filosofía para una aldea! Mas valdría creer que un ser amado dormía bajo aquella piedra que decía á los vivos: no dejéis pasar una hora sin recordarle. Esto hubiera sido bello; pero no es probable. En la época en que vi esta tumba, supe que solo tenía un año de fecha. La lluvia había borrado casi las líneas del velo. El mismo sol había hecho lo que los hombres, no le había conocido.

Noticias relativas al marquesado de Denia.

El término de Denia, ciudad antiquísima que tiene su asiento á orillas del Mediterráneo, en la falda misma del monte Mongó, corre de tramontana á Mediodía, desde la boca del rio Calápatar ó Molinillo, hasta Calaleveche de Moraira, que parte el de Teulada, y en todo este pedazo de costa, que son cinco leguas, no hay otra poblacion fuera de aquella y de la villa de Jabea.

El citado término tiene de ancho tres leguas, casi por línea recta, pasa por óren de Teulada, Benisa y Calpe, y vuelve por la cordillera de los montes próximos hacia Poniente, hasta Orba y Murla: y desde allí, por encima del Rafol y el Sagraria, hasta el repetido rio Molinillo, que divide los términos de Denia con Oliva y Pego.

En esta no grande extension de terreno hay multitud de alquerías y de casas de recreo; se cogen infinitos quintales de pasa moscatel y de planta, rico aceite, vino, algarrobos, higos, naranjas, limones, granadas, otras frutas exquisitas, buenas y sabrosas hortalizas, arroz, y algunos cereales y maiz; se hace una regular cosecha de seda; y además de la ciudad de Denia, cabeza del marquesado de su nombre, se hallan varias poblaciones, siendo las principales las que siguen:

Ondara, cuyo nombre antiguo debió de ser el de *Fundaria* por la función de hierro que allí establecieron los romanos, con motivo de lo abundante que es este mineral en sus inmediaciones.

Pertenecía á los señores Cardonas, de la casa de Aragon, señores de Guadalest y almirantes de aquel reino.

En tiempo de los moros fué lugar numeroso; en el de los romanos le habitaron segulos muy principales. Existen varias lápidas é inscripciones incrustadas en las paredes exteriores de varios edificios modernos, y nosotros conservamos monedas y otras antigüallas encontradas en las heredades próximas al remover la tierra para las labores agrícolas.

Vergel era de los señores Vives, y luego de los marqueses de Denia. Su nombre está indicando la situación envidiable que ocupa.

Mirarrosa y **Sella** ó **Selva** correspondian á D. Juan Duart ó de Huerte, hermano de D. Amat Guillem de Huerte, señor del palacio de Huert y baronia de Sorapuro, en el reino de Navarra, cuyos caballeros fueron al de Valencia con el infante D. Juan, rey de Navarra y despues de Aragon.

Miraflores fué de los caballeros Perpiñanes.

Beniarbistg, **Benitomer** y **Benicadim** pertenecian á los señores Pallaces, condes de Sinaras y viccondes de Chelva.

Benimelich al conde de Villalonga D. Pedro Franquera.

Rafal á los caballeros Calpenas.

Negrals á los Pascuals, caballeros de Oliva.

Pedreguer y **Matoses** eran de los señores Puchades, condes de Ans.

Gala fué propio de los nobles de Hija descendientes del rey D. Jaime el Conquistador.

Pamis correspondia á los señores de Vives.

En este lindo pueblecito se cogen los mejores higos del reino de Valencia.

Sayra y **Sanet** pertenecian á la encomienda de Santiago.

En tiempo de los moriscos hubo además otros pueblos reducidos luego á simples alquerías, como **Bentisa**, **Dent**, **Atienda**, **Beniadla**, **Abiar**, **Albardanera**, **Vinals**, etc.

Sin embargo de la animación que hay y del tráfico que se hace en la actualidad en el territorio que acabamos de mencionar, principalmente de agrinos, de pasa y de seda, aquellos serían mayores el suspirado día en que le cuece, si no un ferro-carril, por lo menos una carretera regular, de que por desgracia se carece, que le ponga en cómodo y continuado contacto con Valencia y Alicante.

REANCIO SALOMON.

LAZARINA.

(Continuacion.)

—¡Ah! ¡Por pura amistad! exclamó Lazarina.

—Es un joven muy distinguido, añadió la dama sin detenerse en esta interrupción; tiene un nombre magnífico, y disfruta de una fortuna inmensa; todo lo hacia por vos; vuestros deseos serán los suyos; el duque de V... no tiene treinta años... es encantador.

Mad. de Renneville continuó sobre este tema con una elocuencia que el lector comprenderá sin trabajo.

Lazarina sentia lágrimas de rabia, y abría los ojos con esfuerzo para no llorar.

Cuando Mad. de Renneville concluyó de hablar, se levantó.

—No respondeis, señorita, le dijo... creo que me he explicado con claridad; mi querido duque hará cuanto os dé la gana... Ordenad, y obedecerá; ¿qué le debo decir?

—Nada... absolutamente nada, contestó Lazarina.

Y se inclinó para hacer comprender á Mad. de Renneville que la conversacion estaba terminada.

Esta tuvo tambien que levantarse.

—¡Ah señorita! dijo al retirarse, ¡qué mal hacéis!... bien se conoce que sois joven!... En fin, si un día cambiárais de propósito, acordaos que me llamo Mad. Renneville, y que vivo en la calle de Teresa, núm. 18.

—Y Lyon? preguntó Lazarina con una sonrisa imperceptible.

Madama de Renneville se sonrojó un poco.

—Debo volver, pero mas adelante, contestó con una sonrisa.

Algunos dias despues, Lazarina se hallaba en la ópera, donde el estreno de una nueva cantátriz habia llamado á todo París. Uno de sus amigos subió á su palco en un entreacto, y estaban hablando hacia algunos minutos, cuando mirando un poco por el teatro, el amigo de-tuvo los anteojos en un palco del balcón.

—¡Él es! exclamó.

—¿Quién? preguntó Lazarina.

—Uno de vuestros primeros admiradores... Mirad allí, en el segundo palco descubierta contando del proscenio... un joven con corbata blanca y con bigotes... cerca de una señora que tiene un vestido de color de rosa...

— ¡Ah! sí: es guapo ese joven.

— Ya lo creo! y además tiene un carácter admirable... La admiración que la tiene á V., mi querida Lazarina, podría quizás llamarse con otro nombre.

— ¿Y cómo se llama él?

— El duque de V...

— El duque de V... ¿Sabe que me conocía? preguntó con presteza la joven.

— Sí.

— ¡Imbecil! murmuró en voz baja.

El duque de V... era joven, distinguido y encantador, y Lazarina comprendía que la visita de Mad. de Renneville había abierto un abismo entre ellos dos.

Toda la noche estuvo pensando en él, y le aborreció porque le había parecido bien.

Tres días después tocaron la campanilla de su casa á eso de las doce: la criada entró en el aposento de Lazarina.

— Señorita, la dijo, Mad. de Renneville está aquí y desea hablaros.

— Decid que he salido.

— ¿Qué obstinado es! añadió cuando se quedó sola: podía hacerse presentar en mi casa, amarme, decirme lo, y me envía esa mujer abominable: ¡qué necio!

En medio de esos acontecimientos de todos los días, no faltaban cartas y ramilletes que aumentaban el estado de irritación moral en que Lazarina vivía. Para acabar de una vez, tenía á veces ideas de dejar el teatro de repente, y retirarse á una aldea donde tuviera familia y casarse con algun mozo honrado, sencillo y modesto, que la hubiera ganado la vida con su trabajo. Pero había vivido en un mundo que no le permitía esa vuelta á la oscuridad y al aislamiento. ¿Encontraría en tales condiciones un marido que estuviese al nivel de su inteligencia y de su lenguaje? Esto era dudoso cuando medía. Y además, pasados los primeros tiempos, ¿qué había con el marido torpe y con la perspectiva de tres ó cuatro hijos?

En lo más fuerte de sus incertidumbres, el acaso le hizo encontrar en el baile de los artistas que se da todos los años en la Opera Cómica, á un joven de buena presencia que la invitó á servirle de pareja. Lazarina había alegrementa; aquel día había recibido un magnífico ramillete de violetas de Parma modestamente cerrado con una corona de margaritas; Lazarina había llevado al baile aquel ramillete.

Después que hubo bailado, el joven le fué presentado en toda forma por un amigo común: llamábase Conrado Bernier: su familia habitaba en Lorena, y él vivía en París comiéndose algunos cuartos.

En la conversacion descubrió Lazarina que Conrado era quien le había enviado las violetas de Parma.

— Muy bien, dijo ella saludando, violetas y margaritas tendrán la honra de morir sobre mi chimenea.

Conrado no carecía de gracia: estaba muy bien educado, y su humor, así como el aire de su rostro, le habían gustado mucho á Lazarina. El joven pidió permiso para hacerla algunas visitas, y lo obtuvo.

Al otro día Conrado envió otras flores, con un billete en que le suplicaba admitiera aquel nuevo obsequio: ella aceptó riendo, y se estableció entre los dos una comunicacion frecuente de cartas y de libros.

Entre un joven de veintiseis años y una bonita joven de veintinueve no tardan en declararse los amores; tenían el ánimo muy vivo, y sus caracteres simpatizaban perfectamente. Conrado tenía además cierta propension á la melancolía que aumentaba el encanto natural de su persona.

Lazarina, alegre por naturaleza, y más inclinada á la risa que á los suspiros, amaba en él lo que no encontraba en ella misma. Conrado era el hombre que habría deseado tener por marido; pero desgraciadamente no se podía pensar en ello, pues había por medio una familia que hizo la señal de la cruz cuando oyó nombrar una mujer de teatro.

Debemos decir que esta conviccion no asustó demasiado á Lazarina, y no fué un obstáculo muy poderoso para el pensamiento que atormentaba su ánimo. Conrado la había confesado francamente que la amaba con toda su alma.

— Tiempo tendremos de verlo, dijo ella; sois joven, yo no soy vieja; de modo que maldira la prisa que tenemos.

— ¡Oh! repuso Conrado, yo no exijo repuesta hoy ni mañana; pero si algun día sentís por mí la centésima parte de lo que yo siento por vos, entonces prended en la cintura un ramillete de estas margaritas, y comprenderé que aceptáis la oferta de mi corazón y de mi vida.

Lazarina tomó la mano de Conrado, y se le estrechó entre las suyas.

— Está convenido, dijo ella entre alegre y seria.

Conrado agradaba mucho á Lazarina; pero sin embargo, antes de hacer nada que pudiese comprometerla, quería estar segura de sí misma, y no exponerse sobre todo á llorarse un sopleme chasco. Educado en cierto modo en el teatro, Lazarina tenía demasiada espe-

riencia para abandonarse á sus primeras emociones con la ingenuidad de un alma que ignora las consecuencias; pero tambien tenia el corazón demasiado joven para no buscar en el amor un sentimiento sincero y duradero. Y después, hallaba en la resistencia el placer de la resistencia misma. Aquel amor que inspiraba á un corazón honrado y ardiente, era como la consagración pública de su valor, y saboreaba todas las ternuras y todas las impaciencias con la secreta voluptuosidad de un alma que se conoce en estado de pagar un día todo cuanto hubiera recibido.

Por un singular efecto de su capricho, Lazarina llevaba todas las noches al teatro un ramillete de aquellas margaritas que debían ser la señal de su capitulacion; la gustaba verlas, contemplarlas, y tambien besarlas. A veces, antes de entrar en escena, se metía dos ó tres en el pecho. Entonces sonreía á Conrado, sentado con paciencia en la orquesta, y le hacia una señal con la vista.

— ¡Ah! qué dichosa podría yo hacerle con solo prenderme en la cintura alguna de estas florecillas!... No tengo mas que hacer un ademán, y esta noche, dentro de un instante, caeré á mis pies loco de alegría.

Pero Lazarina no hacia jamás ese ademán: la altivez de su corazón, mas bien que su coqueteria, le impedía hacerlo. Dos ó tres veces estuvo para ceder á los impulsos de su juventud y de su amor; pero en el momento de prender á su talle las margaritas que tocaba con su mano, la sangre le subía al rostro y se detenía.

Un día Conrado le escribió para decirle que su valor había llegado al último extremo; que cada día le amaba mas; pero que no se sentía con fuerzas para esperar mas tiempo.

«Esta noche, añadió, estaré en mi puesto acostumbrado; el no os acordéis estas margaritas, mañana me marché... ¿No será decirme que no me amareis nunca?»

La carta iba acompañada de un ramillete de violetas de Parma rodeadas de margaritas.

Lazarina, sin que pudiera explicar por qué, se sintió herida con aquella carta; sin embargo, al llegar la noche tomó el ramillete y se fué al teatro.

Tres ó cuatro días hacia que no había visto á Conrado: al primer paso que dió en escena le distinguió en la orquesta, pero no llevaba las flores en la cintura y afectaba mirar á otro lado.

La pieza en que trabajaba Lazarina tenía tres actos. En los dos primeros conservó su indiferencia aparente y trató de fingir la mayor alegría; pero en el tercero miró á Conrado de repente: el pobre joven estaba tan pálido, que ella se sintió desfallecer; ya no faltaban mas que algunas escenas para el desenlace. Lazarina subió precipitadamente á su palco en un intervalo, tomó un ramillete de margaritas, le prendió en su talle, bajó corriendo, y con el corazón desfallecido entró en escena.

Conrado ya no estaba en su puesto.

Lazarina se puso pálida.

— Bueno, dijo para sí, volverá antes que se acabe.

Y recitaba su papel con una lentitud febril; ya no veía en el teatro mas que aquella luneta vacía.

Llegaban las últimas palabras... Por fin cayó el telón, y Lazarina no descubrió á Conrado.

Cuando estuvo en su casa, Lazarina se quejó de un fuerte dolor de cabeza, y dió las buenas noches á su madre que la instaba para que se fuera.

— No, decía, quiero dormir.

Y al quedarse sola se asomó al balcón; creía que Conrado se iba á presentar en la calle.

— Estoy loca, dijo después; es un momento de ira; estoy segura de que mañana volverá... Pondré estas margaritas en un vaso sobre la chimenea y las verá al entrar.

Tomó las flores, las besó, las metió bajo su almohada, y se acostó. Al otro día se levantó con la aurora y se prendió las margaritas á la cintura.

— La gustaré mas verlas aquí, se dijo.

Y le estuvo esperando todo el día.

Llegó la noche, y Conrado no pareció. Lazarina se arrancó las flores, las arrojó al suelo, y las pisoteó.

Tres días después preguntó por Conrado al joven que se le presentó.

— ¿Cómo le dijo este amigo, ¿no sabéis que Conrado se ha ido á la Lorena?

Esta vez Lazarina experimentó un dolor violento, sincero, pero no lloró.

Cuando llegó la noche leyó una á una todas las cartas de Conrado: la parecía que volvía á recorrer el sendero florido de sus sueños y de sus queridas esperanzas. Concluida la lectura, Lazarina reunió las cartas, las ató con una cinta negra, y las colocó con algunas margaritas en un cofrecillo.

Estaba en pie con los codos apoyados en el mármol de la chimenea, y se miraba en el espejo que reflejaba la tristeza y la palidez de su rostro.

Lazarina era joven y hermosa, y en aquel profundo silencio que la rodeaba escuchaba los latidos de su corazón que rebotaba vida y amor.

—¿Y para qué sirve todo esto? exclamó.

Y cerró el cotecillo.

Se pasó un gran rato. Dos ó tres años después de esta noche, el acaso llevó á Conrado cerca de Lazarina, que no había vuelto á ver. Era en el salón de descanso de un teatro: ella corrió á él, y le tomó la mano con una ternura y un abandono que no trató de disimular.

—Sois vos, sois vos! le dijo; ¡qué alegre estoy de veros! y le arrastró á un rincón donde pudieron hablar libremente.

Lazarina contó á Conrado el episodio de las margaritas.

—¡Ah! exclamó con una sonrisa humedecida de lágrimas, ¡no sabéis cuánto daño me habeis hecho!

—¿Con que me amabais? repuso Conrado enternecido.

—Sí.

—¿Y ahora?

—¡Oh! ahora, mirad, contestó ella.

Y tocando con el dedo un pendiente, Lazarina hizo ver á Conrado dos gruesos diamantes que deslumbraban con su brillo.

—¡Ah! ¡mis pobres margaritas! exclamó Lazarina.

Y dejó á Conrado.

A. A.

CARRUAJES RUSOS.

En Rusia, además de los trineos, que son de uso diario y general durante el invierno, se usan todos los carruajes conocidos en el resto de Europa: al menos esto es lo que hemos observado en las grandes poblaciones, donde la aristocracia adopta cada vez mas las costumbres francesas. El *troskai*, como la mayor parte de los coches rusos, está surtido de guarniciones, casi siempre de gran valor, y sin ningún adorno.

El teleka es un coche de viaje del que se sirven principalmente los correos, los oficiales en comisión del servicio, ó los viajeros provistos de un *padroche*, nombre que se da á una orden emanada de las autoridades competentes, y que permite acudir á las postas establecidas por el gobierno.

Estas últimas no se asemejan en nada á las de los demás pueblos europeos, y su organización es eminentemente rusa. Para establecerlas el gobierno ha hecho construir, de mudanza en mudanza de tiro, una casa de postas dirigida por un solo comisionado. Todos los señores de las cercanías están obligados á mantener á sus expensas un cierto número de caballos y de telekas proporcionado á la importancia de sus dominios, que se aprecia por el número de sus vasallos. Los emplea-



(Carruajes rusos.)

dos del gobierno enviados en comisión se sirven gratuitamente de los carruajes y de los caballos; los viajeros provistos del *padroche* pagan al postillon diez céntimos por cada cuatro leguas: pueden además habitar en las estaciones, con la condición de proporcionarse camas y comer con lo que llevan en el teleka. El emperador se limita á sostener las casas, proveerlas de luces, de combustible, y de pagar los encargados que las custodian. Los atalajes empleados en las postas son medianos, pero muy ligeros. El postillon ruso no cesa de cantar ó de azuzar á sus caballos, que suben al galope todas las costas recorriendo de esta manera el espacio de cinco leguas por hora. El kibitka mas que coche es un carro que se emplea para trasportes de comercio. Usán de este género de carruajes los mercaderes que, para llevar sus mercancías á las ferias establecidas en el territorio del imperio, no tienen otro medio de transporte.

UNA APUESTA.

II.

EL PRIMER AMOR.

Si es verdad que todos los hombres tienen algo de poetas, ¿en qué ocasión habrán sentido en su alma el germen de la poesía con mas fuer-

za que en la pubertad, cuando sus pasiones, en flor aun, no han recibido una gota de veneno y exhalan su rico perfume como las rosas silvestres sin que nadie se detenga para recrearse con su fragancia? Y si esto es verdad, ¿cuál será el alma que dentro ya de la vida, arrastrada por corrientes impetuosas, sin horizonte, quizá sin esperanza, no gozará deteniéndose un momento, apartando los ojos del porvenir nublado y tormentoso y volviéndolos á la única época de pureza y felicidad de su vida? Cuando la suerte nos ha arrastrado lejos de los valles en que pasó nuestra infancia, si un día volvemos á pisarlos, alegres lágrimas brotan de nuestros ojos y dulce melancolía se apodera de nuestro corazón. ¿No es grato dormir el último sueño bajo el sauce que nos prestó su sombra en el primero? ¿Y no será dulce también á nuestro corazón recrearse con sus primeras emociones?

Voy á describir estas emociones en una relación, que es la historia de cierto período de la vida de todos los hombres, y que no está amenizada con episodios raros y extraordinarios sucesos que piquen la curiosidad, porque el escenario en que se representa mi escena no es el mundo, sino el corazón, el verdadero escenario de los verdaderos poetas.

Figúrate un joven de diez y siete años, que acaba de salir del colegio, y á quien podemos llamar Enrique Valdealegre, que es nombre bonito, de moda, y que le hará simpatizar con todas aquellas gentes, que no son pocas, que simpatizan con las personas por los nombres de bautismo.

«Su alma está bañada en poesía, parte á causa de su edad, y parte á causa de las muchas novelas de todos géneros que en las horas de estudio ha devorado en el colegio, convirtiéndolas entre los grandes libros de la clase, para que sus burros amarillos en le denuncien al prostico director. Su cabeza no tiene quizá ideas fijas, pero en cambio estora ilusiones que valen mucho más que las ideas. La falta de ilusiones y la sobra de ideas producen la desgracia de nuestro escéptico siglo.

Nuestro joven solo piensa en gozar de la libertad, su primera amante, como de un bien que acaba de obtener, y el orbe entero le parece suyo porque ya es un hombre, más que pese á todos los que por tener algunos años mas se creen con derecho para no hacerle caso, y se ríen cuando en los cafés ó en los paseos le ven en medio de un grupo tumultuoso de jóvenes de su edad disputar con calor sobre cosas que no sabe, es verdad, pero que cree saber: y ¿quién está seguro de saber alguna cosa? Los mismos que se burlan de sus disputas pueden saber cuando mas que él un poco de razón, pero no quien la tiene, y además, si cada uno no hablase mas que de lo que sabe, el mundo se parecería á un convento de la Trapa.

Sus deseos estan reducidos á dos cosas: una mujer y unos bigotes.

En cuanto á la mujer, la tiene escogida en su pensamiento; pero en cuanto á los bigotes, aunque ya ha meditado seriamente sobre la forma que les dará cuando los tenga, ni un ligero bello sombra su labio, diariamente atormentado por el jabon y la navaja.

Pero tiene una mujer escogida, y esa ya es algo. Tiene doble edad que él: su cabello es rubio como el de un niño; sus ojos azules como el cielo; la nieve y el carmín resplandecen en sus mejillas, y ninguna flor hay tan bella como su boca. Es un sueño realizado. La Venus de Médici animada y embellecida por las gracias. La obra maestra de la divinidad en punto á belleza. Y su corazón... ¿cómo no ha de ser bello el corazón de semejante mujer? ¿Se contemplaría acaso la naturaleza en desdorar sus mas bellas creaciones? Las sirenas son irresistibles abortas de la poesía. Dios no ha creado mas que ángeles y demonios, los ángeles hermosos, los demonios feos; y el hombre que está entre ellos, que participa de ambas naturalezas, se inclina mas en su corazón á aquella especie de seres con quienes tiene mas semejanza su rostro, y esto es natural. Además, la maldad no es natural al hombre, sino aprendida en el dolor; y ¿quién ha de haber atigido á una mujer tan hermosa? ¿quién pudo ver al ángel sin adorarle de rodillas?

La casualidad que hizo que Enrique conociese á su ídolo, merece ser contada, pues aunque muy sencilla, es el punto de apoyo de nuestra narración, y no es lógico pasar á las consecuencias sin enunciar el principio.

El Carnaval tocaba á su término, y la alegre juventud de Madrid disponia sus trajes para asistir por última vez á los bailes públicos, cuando un amigo de Enrique que se llamaba Felipe, si mal no recuerdo, le encontró en la calle y le preguntó:—¿tienes que hacer esta noche?

—No, respondió Enrique.

—Pues entonces, repuso Felipe, me acompañarás al teatro para donde he tomado billetes en el café porque son mas baratos que en el despacho. Necesitaré allí de tu amistad probablemente para un asunto.

—De amores?

—Sí.

—¿Con quién...

—Ya la verás. No puedo decirte su nombre, porque es persona de alto coturno y... adios. Iré á buscarte á tu casa.

Por la noche los dos amigos, envueltos en negros dominós, penetraron en el teatro, pasaron revista al salon que aun estaba casi vacío, pues era muy temprano, sentándose junto á una jardinera, cubierta con su careta, que Felipe dijo ser su amada, y que tenia trazas de mudita ó doncella de labor.

A poco el salon comenzó á llenarse, derramándose por él las máscaras con disfraz y sin él, hablando, riendo, dando bromas pesadas, necias ó ingeniosas, procurando conocer, ocultarse ó ser conocidas y embromadas, segun sus diversos caracteres, mostrando alegría, no siempre franca, renegado del ambigü y el café, buscando parejas, y procurando algunas veces acercarse á una dama, á favor de la careta, sin temor á una mirada suplicante ó á un marido impertinente.

La música sonó. Felipe y su compañera se levantaron y entraron en el círculo de los bailarines, y Enrique quedó solo en su asiento entretenido en meditar lo que harian algunas parejas que desfilaban silenciosamente hacia los solitarios asientos de la tertulia, donde á cada poquito ver ni ser vistos de nadie, si bien percibían débilmente los acordes de la orquesta, y en toda su fuerza el calor del salon que era sofocante.

Una voz delirada y rápida como el grito de un ruiseñor, voz peculiar á las jóvenes elegantes, vino á sacarle de sus meditaciones. Volvió la cabeza, y vió á la joven que antes habia descrito, sentada á su lado y con la careta en la mano, pues hace ya tiempo que las mujeres no van á los bailes de máscaras para disfrazarse, sino para que se vea cómo las sienta un traje elegido á propósito para hacer brillar sus

encantos en todo su esplendor, lo cual ha sido causa de que los bailes de máscaras estén menos concurridos y animados que hace algunos años.

Acompañábala una señora de mas edad, en quien Enrique no paró la atención, suponiendo que sería su madre, pues á un ignoraba que era conveniente adorar el santo por la peana.

Las dos damas hablaron algunos momentos sobre cosas indiferentes; despues se levantaron, y se confundieron entre la multitud dejando solo un recuerdo en el corazón de Enrique, como la estela de una nave que al desaparecer deja el ángel en los aires.

En momento despues vino Felipe y contó cosas maravillosas á su amigo, que no le escuchó, distraído como estaba buseando con los ojos á la que habia ya jurado reina de su corazón. Dieron muchas vueltas, y subieron hasta la tertulia, desde la cual el salon parecia un jardín mágico, donde las apiñadas flores se mueven produciendo un murmullo ininteligible; pero de seguro no era está vista la que pensaban tomar las parejas que hasta allí subian, pues se escondian en los rincones *apud soli qui mal y pens!*

A cosa de las cuatro de la mañana, los máscaras comenzaron á dejar los disfraces, y algunos jóvenes alegres y otros que imitaban perfectamente la alegría, entraron en el salon saltando y hablando alto porque era la hora de la cohibitez, y el hombre en general de nada está mas ufano que de sus vicios. Hay tantos que solo son viciosos por vanidad!

Por fin vino la mañana, y con ella el cansancio y el abatimiento que naturalmente siguen á las agitaciones nerviosas.

Del bien perdido, al cabo ¿que nos queda sino pena, dolor y pesadumbre?

dice melancólicamente Erófila; y nunca se conoce tanto la verdad de estos versos como al salir de un baile de máscaras en que el cansancio del cuerpo aumenta el fastidio del alma. A cuántos hubiera sido mejor dormir en su casa y soñar la tía Marzapalos, que haber asistido al baile donde una máscara con su vacocita atiplada y sus guantes blancos ha clavado en su pecho una espina que no se curará en mucho tiempo!

Enrique y su amigo salian oprimidos entre la gente que dejaba el salon, tapándose la boca con los pañuelos, cuando una voz delicada sonó detrás de Enrique, y este reconoció la voz de su desconocida.

Volvió la cabeza, y la vió efectivamente buscando una cosa en el suelo.

—Se me ha caído ahora mismo, decía.

—¿Cómo quiere encontrarla ahora, respondió la señora que la acompañaba, una cosa tan pequeña, una pulsera...

Enrique miró tambien, y vió una pulsera de pelo junto á su pié. La cogió y la presentó ruborizándose y sin poder decir una palabra.

—Oh! muchas gracias! dijo la joven con una sonrisa cuyos encantos solamente Enrique supo apreciar, porque las cosas solo tienen el valor que convenimos darle; y subiendo á un coche, partió por la calle del Arenal, perdiéndose á poco de vista.

Enrique llegó á su casa pensando en la joven que habia pasado como un génio de amor en el sueño de aquella noche sin sueño, como llama no sé quién al bivio, y que solo en su corazón habia dejado una huella, pero tan profunda, que variaba completamente la existencia de nuestro moachebo. Tanto las grandes cosas tienen débiles fundamentos!

Durmiose, y soñó que en una noche de revolución se hallaba en la plaza de Cervantes. La luna tranquila en el cielo bañaba en su equitativa luz la fachada de las casas, que tenían á aquella hora cierta majestad, cierta apariencia de antigüedad, que infundia respeto al corazón. Por la parte del Prado, todo estaba tranquilo y sombrío; pero por la Puerta del Sol resonaban de cuando en cuando descargas y gritos de guerra. De pronto una mujer desgreñada y florando llegó á Enrique y le pidió socorro. Era la joven del baile; y detrás de ella venian algunos grupos gritando, perseguidos por la tropa, y llevando en la mano hachones encendidos. Enrique cogió en sus brazos á su amada, la llevó á su casa, la cubrió con su capa y su sombrero para que nadie la conociese, entró con ella en su cuarto, y quiso cerrar la puerta; pero la llave se descorria cada vez que la echaba, como si un travieso diablillo se hubiera escondido en la cerradura entretenido en burlarse de Enrique, que por un empeño muy común cuando se sueña, no queria dejar la puerta abierta, y andaba ya se angustia bastante. La voz de su criado despertándole, le sacó de todos apuros; pero todo el día estuvo soñando despierto cosas quizá mas extravagantes que cuando dormía; lo cual no es extraño, pues dormido y despierto su deseo era el mismo, y su deseo solamente era quien combinaba sus ideas.

Leyó mucho de Werter y de la nueva Eloísa, en cuyas obras encontró mas verdad que nunca, aprobándolas como quien es experimentado y tiene voto en la materia. Meditó medios de encontrar á su desconocida, de quien ni siquiera sabia el nombre; ordenó una declaración

y algunas cartas con frases retumbantes y novelescas, y se fué á pasear al salón del Prado con un amigo suyo, confiándole sus penas y alguna parte aunque pequeña de sus esperanzas.

Por fortuna la bella incógnita estaba también en el paseo con la misma dama que la acompañaba en el baile, y Enrique y su amigo se pusieron á seguirla á respetuosa distancia, cesando casi por completo su conversación desde aquel instante. Un caballero de negros bigotes é interesante fisonomía se acercó á hablarlas, con mucho gusto de la dama, á juzgar por la risa con que le escuchaba y respondía. Enrique estaba celoso como un tigre, y hubiera dado su vida por unos bigotes que le dieran derecho de desafiar al danés.

Cuando las damas se retiraron, las siguió hasta su casa, que era de mediana apariencia, y esperó algunos momentos en el portal. Un balcon se abrió, y la dama se asomó desapareciendo en seguida. Dos años después Enrique hubiera visto en esta acción la señal de una correspondencia indudable; pero entonces no vió más que una feliz casualidad, y acertó. Desde aquel día no faltó nunca al Prado, donde seguía á su amada siempre á igual distancia; no dejó de pasar á ninguna hora del día, y aun algunas veces de la noche por delante de sus balcones. Algunas veces la veía á través de los cristales, y era feliz; pero ella notó al fin sus paseos: se rió mucho al principio, luego se incomodó, y acabó por correr la cortinilla cada vez que divisaba á su galán, ánima en pena, con lo cual este se daba á todos los demonios.

—Si yo pudiera hablarla se repetía á cada momento, y culpaba al cielo y á su suerte que creía la más desgraciada; sosteniendo sobre esto acaloradas disputas con su amigo Martín de Aranda, que nadie quería ceder la palma en punto á padecimientos, porque acababa de leer á Byron, el autor que más impresiona á los jóvenes dotados de una imaginación un tanto viva. Felices los dos sin embargo si nunca hubieran tenido más motivos que entonces para crecer desgraciados.

Una noche Enrique fué al teatro, y la casualidad, que es muy traviesa, hizo que á su lado se sentara su desconocido con un caballero de bastante edad. Enrique estaba en ascuas; temblaba como un azogado; y su rostro, bañado por el sudor, tenía el rojo de la amapola. Figúrase que dos ó tres veces rozaron con sus vestidos los de su amada. ¡Oh, si él hubiera podido hablarla una palabra á solas!

Al acabarse el primer acto, el anciano salió, y Enrique se halló solo con su amada, es decir, en la situación que había deseado tanto... pero el pecho comenzó á latirle con violencia; sus ojos se turbaron, el color de su rostro pasó casi á morado, y no acertó á decir una palabra hasta después de un rato, que arrojándose á la conversación como quien se arroja desde una torre á un abismo, así decir con trémulo acento:

—Señorita...

La dama lo oyó perfectamente; pero hizo como si no lo oyera. Enrique, mas animado, volvió á llamar por segunda vez; pero nada. Entonces, asustado de su audacia, calló, revolviéndose dentro de sus vestidos como si tuviera frío. ¡Tenía fiebre!

Para darle el último golpe, su amigo Felipe le vió y vino á sentarse á su lado diciéndole:

—Adiós Enrique! cuánto tiempo hace que no te he visto!

—Desde el Carnaval.

—Ya se ve, he estado bastante ocupado, y no he salido apenas. Esta noche he venido por una casualidad, y te he visto desde el palco de las de X.*** ¿No sabes á saludarlas?

—En el otro entreacto... ahora me es imposible.

—Si vieras cómo nos divertimos! Figúrate que un aprendiz de amante, bastante feo, pero en cambio muy tonto según parece, ha dado en hacer el oso á Matildita, y la sigue á todas partes como un perro faldero, dando de cuando en cuando unos suspiros que dan gusto; todos nos reímos de él; cada cual dice una cosa; de modo que es casi imposible que no lo note; pero él, nada, firma que firme: ya se ve, qué ha de hacer un hombre nacido para guardacanton y organillo de lamentación?

Mientras Felipe hablaba así, Enrique veía á la dama, que se sonreía mirándole de reojo, y su cara pasaba por todos los colores del iris, y sus labios hótaban sangre: Felipe lo notó y le preguntó:—¿qué tienes?

—Nada, respondió Enrique levantándose y disponiéndose á salir.

—Será, dijo Felipe sonriéndose maliciosamente, que habrás andado en malos pasos...

Enrique le cogió del brazo, le arrastró hasta fuera del teatro, y le gritó:—¡Eres un insolente!

—¿Qué es esto? dijo Felipe sorprendido.

—Ven á otro lado donde podamos reñir.

—No tengo inconveniente, con tal de que me digas por qué reñimos.

—Por lo que has dicho.

—¿Pero qué he dicho que pueda ofenderte? que si has andado en malos pasos?...

—¡Delante de ella!

—¿Y quién es ella?

—La que ocupaba el asiento próximo al mío.

—¿Rosario?

—¿La conoces?

—Sí: ¿no me viste saludarla?

—Entonces me presentarás á ella.

—Bien: ¡pero no vamos á reñir?

—Perdóname, Felipe; he sido injusto contigo; pero estaba acalorado...

Ambos amigos se dieron las manos y volvieron al teatro. Felipe subió á su palco, y Enrique comenzó á vagar en torno de su asiento, como las almas de los gentiles que no podían pagar al viejo Aqueronte, vagaban en torno del río infernal. No se determinaba á acercarse ni á alejarse, y en esta duda permaneció vacilante hasta que terminó la representación. Entonces, medio oculto tras de una columna del pórtico, estaba esperando á su amada; la vió salir, la arrojó una mirada de amor que ella no vió, y se marchó á su casa esperando la nueva aurora, como un valiente recluta espera el día de su primera batalla.

Efectivamente, al otro día Felipe le llevó á casa de su ángel de amor, que no era ni más ni menos que la mujer de un corredor de bolsa. ¡Oh cómo le latía el corazón al subir los gastados escalones de la oscura y estrecha escalera! Su palidez crecía á cada paso, como si subiera las gradas de la guillotina: sus ojos destellaban un resplandor febril, y su voz se enroquecía... A haber estado solo, no hubiera pasado del primer tramo.

Rosario le recibió con cierta sonrisa burlesca que no se escapó á las penetrantes miradas del maneco, y se clavó como un dardo en lo íntimo de su corazón. A la sazón estaba sola con un tal D. Lorenzo Ramírez, tercera persona de su triángulo familiar, amigo íntimo de la casa, que la acompañaba á todos los días cuando el marido estaba ocupado en otros negocios. Era su delegado adiutor, su lugarteniente y su secretario privado, y al verlos siempre juntos sonreían con malicia las gentes y los señalaban con el dedo. Ese, decían, es un buen marido, un Juan de las Viñas, un hombre que lo entienda. No parecía sino que ignoraban todos lo fácil que es á una mujer por tanta que sea engañar á su marido. Pero el de Rosario empezó á sospechar algo; un amigo suyo, casado también y no menos desgraciado ni menos confiado que él en su matrimonio, deslizo en su oído algunas palabras misteriosas, que le hicieron entrever la verdad. Corrió á su casa, y cometió la torpeza de declarar sus recelos á su esposa, que así pudo medir la magnitud del peligro y ponerse en guardia, resultando de todo que el marido quedó mas engañado que antes.

(Continuará.)

PABLO GAMBARA.

LA FLOR PRECIOSA.

Traducido del poeta alemán Burger,

POR FERNAN CARALLERO.

Florece en un tranquilo valle, cuya vista halaga tan suavemente los ojos y el corazón, como los rayos del sol cuando se pone; una flor de mas precio que el oro y las perlas: por eso con razón se llama preciosa.

Bien pudiera hacerse una larga y poética rosa de sus virtudes, las que obran prodigios, así internos como externos; y al verla tan pequeña nadie diría que es mayor su virtud que la de los elixires.

Al que le obrega en su pecho lo embellece y lo asemeja al ángel, á hombre ó mujer, á joven ó anciano, le atrae el aprecio ajeno como podría hacerlo un talisman.

Al cuello erguido y á la altiva frente lo inclina mi florecita; baja suavemente los párpados sobre la mirada altiva; cubre el rostro con una rosada gasa; da dulzura á la recia voz, y al paso decidido y fuerte lo hace compasado y blando.

Asemejase el corazón humano á la lira, cuyo destino es el canto y la armonía; pero si alguna vez el dolor ó el placer tocan sus cuerdas destempladamente, la flor preciosa sabe templarlas y traerlas al mas suave diapason: entonces no hay un sonido destemplado que pueda herir el oído... Cuán tranquila y pacíficamente se vive entonces! ¡qué lleno de bendición bajo el sueño sobre nuestro lecho! porque la presencia de la flor preciosa aleja todo cuanto hiere, todo cuanto plensa.

Nada de fabuloso cuento, aunque se haga difícil concebir semejante maravilla; y bien puede verse que cuanto he descrito es solo el reflejo de la celestial luz que derrama la dulce flor sobre grandes y sobre pequeños. Esta flor, de mas valor que oro, perlas y brillantes, yo la llamo la flor preciosa, pero por lo regular es llamada... modestia.

LAS INDIRECTAS DEL PADRE COBOS.

Célebres entre agudos y entre bobos
 Las indirectas son del padre Cobos;
 Mas como habrá sin duda quien aprecie
 Que le declare alguno lo que fueron
 Las tales indirectas en su especie,
 Trasládole el informe que me dieron.
 Parece pues que había
 En cierta población de Andalucía
 Un convento ejemplar, con un prelado
 Siervo de Dios perfecto y acabado,
 Que de ciencia y paciencia era un portento;
 Por lo cual uno á uno
 Dió en irle á visitar á su convento
 Sin qué ni para qué, tanto importuno,
 Que siempre andaba el pobre atropellado
 Para cumplir las reglas de su estado.
 Era portero de la casa un lego,
 Catalan ó gallego,
 Cobos apellidado;
 Bartolomé de nombre, alto, robusto,
 De resuelto genial y un poco adusto.
 Llamóle el superior y dijo: Mire
 Si puede hacer por indirecto modo
 Que esa gente comprenda
 Que de tanta visita me incomodo.
 —Yo haré que se retire
 La tal familia presto,
 Respondió el mobilon.—Sí, ponga enmienda;
 Pero indirectamente, por supuesto.
 Fie, padre, en el tino de Bartolo:
 Para indirectas ¡oh! me pinto solo.—
 Viene al siguiente día,
 Madrugando solícito, un molesto.
 Llama, tilin, tilin... Ave Maria.—
 Bartolo, sin abrir la porteria,
 Dice al madrugador: Hermano, trate
 De ir á otro manantial que no se agote:
 Desde hoy ningun *pegote*
 Prueba de mi prior el chocolate.—
 Oyendo el hombre la indirecta rara,
 Volvióse atrás, ardiéndole la cara.
 Llega un necio en seguida,
 Y Cobos dice: Escuse la venida:
 Mientras el cargo ejerza de portero,
 No entra aquí ni *gandul* ni *majadero*.—
 Despedida el segundo visitante,
 Cata el número tres.—Coja el portante,
 Prorumpo el fiero Cobos, usiria:
 No está bien entre monjes un *espía*.—
 Con una añadidura semejante,
 Y en tono proferida nada blando,
 Bartolo á cada cual fué despachando;
 Y desde entonces al prior bendito
 No perturbó en su celda ni un mosquito.
 Contento el padre y á la par confuso,
 Al lego preguntó: ¿De qué manera
 Con aquella familia se compuso,
 Para que así de verme desistiera?
 —Fué cosa muy sencilla,
 Mi querido prior, Cobos repuso:
 Cada quisque llevó su indirectilla,
 Y huyó de mí la incómoda cuadrilla.
 —Cuénteme las discretas espresiones
 Cuya virtud á la razon los trajo.
 —Les dije la verdad: sois un atajo
 De tunos, de chismosos y de hambrones.
 —¿A eso llama indirectas en efecto?
 —Yo nunca en ellas fui mas circunspecto.
 —Pues hermano, mentiras ó verdades,
 Sus indirectas son atrocidades.
 Dijo bien el prior: mas como hay entes
 En grado escandaloso impertinentes,
 Echaseles tal vez de buena gana
 Cualquiera indirectilla Cobosiana.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

EL PAN.

BALADA.

Señores que en el banquete
 á los perros arrojaís
 el pan como vil juguete;
 ¿no miráis
 temblar la estendida mano
 de ese anciano
 que os pide muerto de afán:
 ¡pan! ¡pan! ¡pan!?

Damas que en nada hay quien tude,
 y el pan bendito rehusaís
 por ser un manjar humilde;
 ¿no miráis
 esos miles de mujeres
 ¡tristes seres!
 que acaso á venderse van
 Por un pan?

Niños, niños, dulces prendaís
 que en migas desmenuzaís
 el pan de vuestras meriendaís;
 ¿no miráis
 esos niños tan hermosos
 que llorosos
 pidiéndoos sin tregua van:
 ¡pan! ¡pan! ¡pan!?

Decid, labriegos sencillos,
 que de la choza ahuyentaís
 á los tiernos pajarillos;
 ¿no miráis
 que ese grano, que esa espiga,
 que esa miga
 de pan, que ellos cojerán
 es su pan?

Mundo ciego, que no sabes
 que lo que dejas perder
 puede á un hombre, á un niño, á un ave
 mantener;
 reciban pan tus hermanos
 de tus manos
 que las de Dios te darán
 mejor pan.

V. BARRANTES.

19 enero de 1855.

JEROGLIFICO.



Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.